

El Salvador sufre la saña de la naturaleza

El Salvador es un país desventurado en una zona. Centroamérica, martirizada por las tragedias y los más diversos rostros de la barbarie. Cuando no son los terremotos, son los huracanes; cuando no son las implacables tormentas, son las guerrillas y las represiones. En los paréntesis de bonanza, los herederos de la United Fruit se llevan el beneficio de las cosechas a Miami o a Nueva York; cuando no les saquea la naturaleza, lo hacen los especuladores. Centroamérica, esa tierra de naturaleza lujuriente y asombrosamente hermosa, no logra zafarse de un destino trágico; es como si algún dios bárbaro descargara periódicamente sus iras sobre tan cálida geografía.

En El Salvador llevan una semana llorando y enterrando a los muertos. De tanto llorar se les secaron las lágrimas y ahora tienen los ojos enrojecidos de dolor y desesperación; con tanto muerto se les acabaron los ataúdes y tuvieron que enviárselos los colombianos. En estas ocasiones las desgracias materiales se contabilizan en dólares, se calculan los daños en miles de millones, pero la destrucción es difícil de cuantificar porque cuando las grietas y las tierras removidas sepultan centenares de casas con las familias dentro, como acaba de ocurrir en varios pueblecitos de los alrededores de San Salvador, en el alma de los vivos se abre un enorme cementerio. El cura de una de las feligresías afectadas, el padre Alonso, celebró una misa y a la hora de predicar fue incapaz, se echó a llorar, no encontraba palabras de consuelo y carecía de sentido hablar a esas gentes de resignación y repetirles que Dios les amaba. Entre los que tuvieron la suerte de sobrevivir sobre los escenarios de la tragedia, unas 2.500 personas, hay niños, jóvenes y viejos, pero sus cuerpos son un álbum vivo de lo que puede ser la saña de la naturaleza.

La brutalidad de este seísmo y sus desoladoras consecuencias tuvo una respuesta rápida y solidaria por parte de la Cruz Roja y las ONG. Las instituciones de diversos países enviaron a sus especialistas; de España llegaron unos 103 con 19 perros entrenados en localizar cadáveres entre lodos y ruinas. De México llegaron los famosos topos expertos en moverse por las rutas ciegas de los escombros y las ruinas ciegas de los escombros y las ruinas de la naturaleza. Para curar a los heridos se necesitaban médicos y medicinas, y allí fueron Médicos sin Fronteras y Médicos del Mundo, dos ONG cada vez más necesarias porque el dolor se ha mundializado, especialmente donde viven los condenados de la Tierra. También han llegado alimentos. Y dinero. Cuando la brutalidad de una catástrofe tiene las dimensiones de la de El Salvador hay como una solidaridad instantánea fomentada por los medios de comunicación y especialmente las televisiones, que retransmiten en directo los macabros reality shows que la naturaleza programa a su antojo. La CNN no podía faltar mostrándonos a los protagonistas de este Gran Hermano poblado por el reino de la muerte.

Ayuda fugaz

La solidaridad que en un primer momento da de beber al sediento y alimenta al que tiene hambre, sin embargo con demasiada frecuencia es como el vuelo de un pájaro, de una pasajera fugacidad. Y las estructuras destruidas no se ponen en pie y tardan demasiado tiempo en hacerlo. El testimonio lo tenemos en ese mismo paisaje, las cicatrices que dejó el huracán Mitch todavía son como muñones que flotan en el aire como un testimonio de que falta una solidaridad sostenida. La nueva tragedia se acumula sobre la anterior, en El Salvador hay muchas tragedias anteriores, por sus calles se ven demasiadas personas sin brazos y sin piernas de la época de la guerra civil. Por eso, en este caso la solidaridad debe ir mucho más allá de un socorro puntual movido por las pulsaciones de un sentimentalismo que huele a flor de una semana o de un mes como máximo.

Las instituciones de los países afectados, en este caso El Salvador, con un presidente, Francisco Flores, a la cabeza, son las que tienen que planificar cómo aplicar la ayuda internacional para que se vayan creando estructuras más sólidas y no ser víctimas de las iras descontroladas de la naturaleza. En esa zona funciona el Grupo Consultivo Regional para la modernización y Desarrollo Centroamericano del Banco Interamericano de Desarrollo. Este grupo consultivo debiera elaborar un plan de futuro y aquel sueño de articular Centroamérica en una comunidad análoga a la Unión Europea. Ese mosaico de cinco países, seis si contamos Panamá, no llega a los 30 millones de habitantes y sólo unas estructuras institucionales comunes evitarían la fragilidad que ahora tienen tanto en la vertiente económica como en la sociopolítica.

Planes de futuro

Tienen todo para crear una comunidad regional: la misma lengua, análoga cultura, una identidad en la producción y en el consumo. Un proyecto político común les daría fuerza para elaborar unos planteamientos económicos que pusieran coto al saqueo de que son víctimas. En momentos dramáticos como los de ahora es cuando deben elaborarse planes de futuro. Es una zona potencialmente rica y desesperadamente pobre: en El Salvador el 80 por 100 vive en las sombras de la pobreza; también en Honduras, Nicaragua y Guatemala las cifras son desoladoras.

La solidaridad tumultosa de estos días tienen que racionalizarla las instituciones del país y los organismos de cooperación que operan de forma permanente. Entre las peticiones figura la condonación de la deuda externa salvadoreña; es un asunto a tener muy en cuenta porque con el 50 por 100 de su presupuesto destruido por el terremoto y el 30 por 100 hipotecado por la deuda externa, el país tiene un futuro más que difícil.